

RECENSIONES

ERWIN I. J. ROSENTHAL: *El pensamiento político en el Islam medieval*. Ediciones de la «Revista de Occidente». Madrid, 1967, 328 páginas.

Entre las cardinales directrices de las trayectorias políticas que nunca pierden su interés mundial, las de los rumbos del Islam y los pueblos musulmanes son siempre factores constantes. Aunque con los cambios de los siglos y los años vayan sucediéndose las más inesperadas variaciones de los Estados nacionales donde el musulmán actúa como factor preponderante; la línea profunda de sus estructuras políticas teóricas permanece siempre firme. Es posible que la mejor definición del Islam y las sociedades islámicas sea aquella de que constituyen «el mundo de las circunstancias movibles», aunque éstas no afecten jamás a las bien clavadas raíces.

Actual en lo contemporáneo como lo fue en lo medieval, el Islam, que es sobre todo citado y evocado como religión, representa, sobre todo, un conjunto general de valores apretados sobre ellos mismos, tanto en los aspectos espirituales como en los político-sociales, los económicos, los estéticos y demosóficos, etcétera. Dentro de este islamismo completo uno de los factores más significativos es el de su pensamiento político; no sólo por su contenido intrínseco sino también por su influencia sobre el pensamiento político medieval de los países neolatinizados, como por seguir componiendo el supuesto histórico-ideológico de los países musulmanes creados o rehechos entre las dos pasadas guerras mundiales.

El libro de Erwin I. J. Rosenthal, *El pensamiento político en el Islam medieval*, abre agunos de los más directos caminos para conocer y comprender el esfuerzo de los teorizantes musulmanes para adaptar sus principios inmutables a la «praxis» política y la «praxis» a los principios, así como su racionalización de los modos de ejercer el dominio y el poder. Desde que en 1962 la obra de Erwin I. J. Rosenthal apareció en la Universidad de Cambridge con el título de «Political Thought in Medieval Islam. An introductory Outline», pasó a convertirse en texto de consulta absolutamente indispensable. Ahora la versión española, aparecida en las ediciones de «Revista de Occidente», añade al interés del texto inglés las ventajas de una cuidada presentación, en la cual uno de las más interesantes aportaciones es la de que los nombres y la terminología árabes se ajustan a la clave de la escuela de arabistas universitarios españoles.

La primera mitad del libro trata principalmente de las normas musulmanas del Califato, con su teoría y función; del Gobierno con ideas acerca de los príncipes, los ministros, etc.; la teoría del Estado-poder, y el concepto general de la civilización. En la segunda mitad se detallan las etapas de la filosofía política en el mundo islámico, desde sus comienzos hasta el tiempo de los teorizantes turcos. El estudio que Rosenthal hace de toda esta trayectoria no sólo sirve a los eruditos orientalistas, sino que contribuye a aclarar la apasionante

cuestión (antes más presentida que convocada) de la influencia de las teorías políticas islámicas sobre el origen de ciertas ideas y actitudes políticas en Europa Occidental. En realidad es un libro tan útil para los eruditos especialistas como para todos los lectores curiosos que deseen comprender las bases ideológicas y sociológicas en el mundo musulmán de nuestro siglo.

El profesor Rosenthal hace notar con especial cuidado que el Islam, como forma de vida y como civilización religiosa, no puede confinarse en los límites de las fronteras convencionales que suelen trazarse como historia «medieval» o «moderna». El siglo xv no fue en el Islam un tajamar ni una línea de demarcación. En lo contemporáneo existen, desde luego, divisiones de puntos de vista entre los estadistas y los gobernantes musulmanes, pero no se refieren a roturas entre algo «viejo» y algo «nuevo» tanto como a gradaciones de lo deseable y lo posible. Así, cuando en el Pakistán se trata de mantener la ley teológica del «Cheraa» como fundamento del Estado, o como cuando en el Iraq se quiere construir un Estado nacional moderno basado sobre una ley casi estrictamente «política».

Un punto fundamental para la comprensión es asimismo el de la distinción entre lo musulmán universal y lo arábigo o neo-árabe en lo regional del Cercano Oriente y el Norte de Africa. Si en sus comienzos el Islam nació entre los árabes y se proyectó sobre el mundo que les circundaba; pero al adaptar ideas e instituciones de los pueblos a quienes vencían, adaptó y transformó su herencia dentro de moldes formales árabes, Rosenthal dice que «no es el menos importante de los rasgos del genio musulmán, y es el más atractivo, su capacidad de acomodación de todos los extranjeros y el hacerles sentirse como en su patria en el Islam». Pero islamismo y arabismo, aunque apoyándose como dos valores complementarios, han seguido siendo dos realidades diferentes.

Dentro y fuera de los entrecruces universalistas del islamismo en sus proyecciones políticas, el libro de Erwin I. J. Rosenthal dedica una parte muy importante a los autores del sector occidental, es decir, de España y los berberiscos países del Atlas. Sobre todo al zaragozano Ibn Bayya o Avempace, al cordobés Ibn Ruch o Averroes y al tunecino de origen sevillano Ibn Jaldún.

La figura de Ibn Jaldún fue, sin duda, la más extraordinaria de su época, y una de las más asombrosas en la historia del pensamiento sociológico. Aquel autor arábigo-occidental del siglo XIV propuso efectivamente una teoría del Estado-poder; teoría que a su vez quedaba articulada con un concepto específico de la «civilización» (aunque, naturalmente, se tratase de una civilización acoplada dentro de los programas del islamismo jurídico-religioso). Pero en conjunto la teoría de Ibn Jaldún fue la primera que trascendió los criterios vigentes en la Edad Media; al decir que el Estado no sólo es un fin en sí mismo, con su vida propia y dominada por la ley de la casualidad, sino la única unidad política y social que hace posible la civilización humana. En cuanto al detalle sobre el desenvolvimiento del pensamiento de Ibn Jaldún, señala Rosenthal el interés de compararlo con los conceptos posteriores que en Italia expresó Maquiavelo, aunque entre ambos pensadores no hubo seguramente conexiones directas ni indirectas. Y dentro del Islam territorial próximo-oriental, tuvo gran significado el hecho de que algunas teorías de Ibn Jaldún persistiesen en los autores turcos del siglo XVII.

Después de Ibn Jaldún, las figuras españolas de Avempace y Averroes se detallan cuidadosamente, con todo el interés que mereció el haber creado la escuela aristotélica del Oeste islámico. Avempace fue en realidad el primer filósofo musulmán de Occidente. Para Avempace la cuestión más interesante era la de asegurar la perfección y felicidad del pensador, individualmente considerado. Por eso en lo teórico se preocupó sobre todo de definir al hombre como ente político, y su necesidad de unir en una asociación política que le garantice la vida y haga posible su perfeccionamiento. En cuanto a las posi-

RECENSIONES

bilidades de los Estados para hacer posible la felicidad de los ciudadanos, los conceptos y las posiciones de Avempace no se referían a un Estado ideal como el de la «República» de Platón, sino más bien a los Estados imperfectos, incluidos los de su propio tiempo. Todo dentro de unas preferencias personales marcadamente racionalistas.

Ibn Ruchd o Averroes aparece en la obra de Rosenthal con sus perfiles esenciales de figura cumbre en el punto central de apogeo del pensamiento islámico entero. Se destaca que, lo mismo que su compatriota Avempace, se preocupaba por difundir la unión entre el intelecto humano y el principio eterno del que llamaban «intelecto agente»; pero Averroes rechazaba la teoría de que nadie pudiese vivir y mucho menos pudiese alcanzar la perfección, fuera de toda especie de asociación política. Desde luego el sabio andaluz, que había sido cadí en la Gran Mezquita de su Córdoba natal y luego en Marrakech, que era capital de poder almohade, actuaba siempre dentro del «Cheraa» o derecho cheránico de estructura teológica-consuetudinaria. Pero su interés por la ley y la justicia le hizo desarrollar un pensamiento gracias al cual pudo aplicar la filosofía práctica helénica, al Estado musulmán de su tiempo y los tiempos venideros.

También respecto a Averroes, es muy importante superar el aspecto más divulgado en el conocimiento usual; es decir, el de sus posiciones racionalistas. En realidad no siempre son posibles las interpretaciones exactas de ciertas frases, puesto que se han perdido muchos de los escritos teológicos-legales de Ibn Rusch, y otros sólo se han conservado a través de una versión hebrea. Pero Rosenthal aclara que Averroes era, ante todo, un filósofo musulmán, y solo en sentido explicativo un discípulo de Platón, de Aristóteles y sus comentaristas. Porque él creía que la filosofía (y sólo la filosofía) proporcionaba los elementos necesarios para poder interpretar bien la ley islámica y hacerla útil para el pueblo. Afirmación e interpretación que en gran parte respondían a un criterio político.

Resumiendo finalmente las líneas del libro de Erwin I. J. Rosenthal, ha de subrayarse que el desarrollo de un estudio sobre el pensamiento político en el Islam medieval ofrece un ejemplo completo de la capacidad del Islam para desarrollar un sistema y una teoría propios, allegando a la vez sistemas, teorías e ideas traídas desde fuera por los musulmanes. El sistema y la teoría aparecen centrados en torno al Califato, sus orígenes y sus finalidades, y sólo pueden comprenderse exactamente con relación a los pensamientos y los métodos que se desarrollaron en Europa desde después de caer el imperio romano hasta fines del siglo XIX, si se recuerda que el Islam no separa lo temporal de lo espiritual, ni lo religioso de lo secular, pues (como dijo el arabista francés Massignon) el Islam es «une Théocratie laïque égalitaire». Es decir, ante todo y sobre todo un programa de comunidad universalista.

Rodolfo GIL BENUMEYA

GRIFFITH, WILLIAN E. (Ed.): *Communism in Europe 1*. Oxford-London-Edinburgh-New York-Toronto-Sydney-París-Braunschweig, 1967, X. 406 págs.

Communism in Europe 2. Oxford-London-Edinburgh-New York-Toronto-Sydney-París-Braunschweig, 1967. XIV. 439 págs.

La actual presión soviética sobre Europa obliga a reflexionar en torno a la historia del comunismo internacional, especialmente en cuanto a sus fines y objetivos inmediatos. El peligro de una guerra termonuclear es, junto a las

RECENSIONES

graves divergencias con Pekín, el principal motivo de dicha presión que, a su vez, significa un cierto acercamiento de la U. R. S. S. al mundo occidental conforme a las consignas implantadas en la vida internacional por la llamada coexistencia pacífica.

El policentrismo comunista es, hoy día, un hecho y desde este punto de vista bien podríamos afirmar que el Kremlin ya no reivindica para sí el papel líder dentro del movimiento internacional comunista, sino más bien el de la vanguardia, por ser la U. R. S. S. el primer país que acaba de cumplir los cincuenta años de existencia del régimen comunista. La presente obra, fruto de numerosos especialistas en cuestiones del comunismo, es una excelente prueba de ello, porque pone, entre otras cosas, de relieve, el hecho de que en el comunismo internacional no hubo, en realidad, nunca unidad. Como consecuencia de factores históricos, políticos o nacionales, las fuerzas centrifugas vienen manifestándose, desde la primera guerra mundial, en las más diversas formas de continuidad, cambios y hasta el conflicto chino-soviético, que de parte de los comunistas chinos es caracterizado como consecuencia del fascismo de los revisionistas soviéticos, empezando por Jruschov y terminando por Breshnev, Kosiguin y Podgorny.

La ventaja de esta obra de dos volúmenes consiste en recoger lo sustancial en el comunismo europeo en su trayectoria histórica y actual siendo, por tanto, la primera que ofrece al lector el conjunto de problemas como factor de configuración del acontecer económico, social y político. Sin embargo, las mayores dificultades se manifiestan en el terreno ideológico, que si bien es el punto de unión de los diferentes sectores del comunismo en Europa es, al mismo tiempo, la causa de las divergencias. Las famosas conferencias de partidos comunistas y obreros celebradas en 1957 y en 1960 en Moscú no han resuelto al respecto nada; tampoco es de esperar, al ejemplo de la de Karlovy Vary, en 1967, que se llegue a suavizar la tensión intercomunista en la presente conferencia de Budapest: El reciente «golpe» de Praga, con que los comunistas eslovacos se hacen con el poder en Chocoslovaquia por primera vez desde que existe este Estado, demuestra la fuerza ejercida por Yugoslavia y Rumania, junto a la postura de los comunistas italianos. Sabemos algo sobre el comunismo europeo, sobre todo debido a la desaparición de Stalin en 1953 y aún más desde el XX Congreso del P. C. U. S., de febrero de 1956, cuando en un informe secreto Jruschov denuncia los crímenes del georgiano y de su régimen policíaco, pero el fondo que se nos presenta en la obra del editor Griffith es, a nuestro juicio, el primer intento de sistematización de las consecuencias que en sí engendra la existencia del comunismo internacional. La exposición incluye el período hasta 1964-1965.

Volumen 1.—El editor contribuye con unas observaciones sobre el comunismo europeo en relación con el conflicto chino-soviético, entrando en consideración también los comunistas albaneses y yugoslavos, los de la Europa oriental y occidental. Excepto Albania, los comunistas chinos no ganaron terreno en Europa, pero formaron parte, aunque indirectamente, en la consolidación de la moderación polaca, en la liberalización magiar, en el nacionalismo político y económico rumano, en la retrogresión interior y en el acercamiento con Moscú en Yugoslavia, y en el revisionismo ideológico entre los comunistas italianos.

El comunismo yugoslavo corre a cargo de Viktor Meier, hasta 1963. Dentro de lo que se conoce con el nombre de titoísmo, los comunistas de Yugoslavia se encuentran engendrados en una lucha entre las tendencias de democratización y las de totalitarismo. Administrativamente, Tito acaso pretendía realizar en el país lo que no consiguió el imperio de los Habsburgos, pero la realidad es que no lo consiguió y es dudoso que Yugoslavia, como Estado multinacional, pudiera convertirse en una federación, por la sencilla razón de que

RECENSIONES

el derecho de autodeterminación no puede aceptar excepciones; subsisten a todos niveles, tensiones entre servios, croatas y otras nacionalidades.

Hansjakob Stehle versa sobre el comunismo polaco. Las profundas contradicciones internas en la Historia polaca quedan reflejadas también aquí. Quizá por esta razón, el llamado gomulkismo será un comunismo nacional hasta nacionalista, sin que prescinda de ser internacionalista. De considerable importancia es su postura de los años 1939 hasta 1945 y luego entre 1945 y 1948. Gomulka vuelve a ocupar la jefatura del comunismo polaco en 1956, constituyéndose en un protegido de Jruschov. Aunque es difícil determinar el papel exacto de Gomulka en el comunismo europeo, lo cierto es que domina algunos sectores de la política del Kremlin por permitirle éste figurar como un instrumento catalizador entre las distintas corrientes comunistas internacionales. Es conocido, por ejemplo, el hecho de que la colectivización agraria en Polonia es mucho menos aguda y forzada que en otros países bajo comunismo. Influye, asimismo, el factor religioso.

El comunismo en Hungría es un capítulo aparte, especialmente desde el levantamiento de 1956. Resulta que los acontecimientos de aquel año producidos en Polonia y Hungría fueron aprovechados por Jruschov como medios para fomentar un centrismo «jruschovista». Se puede hablar— y se habla— del gomulkismo en Polonia y del kadarismo en Hungría, términos que desde las posiciones occidentales resultarán ser exagerados, pero que, no obstante, engendran puntos de referencia que nos llevarían hasta el actual policentrismo intercomunista. János Kádár es, en todo caso, la figura central del comunismo magiar desde 1956, que representaría un foco central entre la derecha y la izquierda y, por tanto, desempeñaría, igual que los polacos, la función moderadora y cristalizadora en el movimiento internacional comunista. Sin embargo, los magiares se muestran mucho más flexibles frente al mundo occidental, ante todo frente a la República Federal de Alemania, que Gomulka. Porque Budapest no tiene problemas fronterizos con Alemania.

De este problema trata el conocido autor de origen magiar François Fejtő, historiador y periodista radicado en París.

La situación de los comunistas italianos es extremadamente particular, por enfrentarse, dentro del país, con varias corrientes izquierdistas, en primer lugar con los socialistas. El «derechismo» italiano-comunista procede ya de la segunda guerra mundial, de abril de 1944, cuando Palmiro Togliatti declara, en Nápoles, que su objetivo era la creación de un régimen democrático y progresista en Italia. Se tienen en cuenta las obligaciones hacia la nación... El parlamentarismo debía ser el *fórum* para las actividades comunistas (por este procedimiento llegaron al Poder en Checoslovaquia los comunistas de Kl. Gottwald entre 1945-1948). Los problemas específicos de Italia obligaron a los comunistas a no seguir la línea dictada por Moscú. El policentrismo es obra del comunismo italiano. Y en 1963, cuando las relaciones entre Pekín y Moscú empeoran visiblemente, los comunistas italianos se pronuncian en contra de la condenación de los chinos, evidentemente con el fin de no agravar la escisión. Su postura sigue siendo la misma sin que se los pueda librar de la acusación de ser revisionistas (de tendencia más bien «derechista»).

Volumen 2.—También en este caso el primer capítulo (introdutorio-general) procede del editor de la presente obra con una referencia concreta: el comunismo europeo en 1965. No se trata tan sólo del caso de la autoridad soviética, de su hasta entonces «indiscutible» liderazgo, sino también del proceso que el comunismo internacional experimenta forzosamente después de la caída de Jruschov, en octubre de 1964, reproduciendo los chinos los puntos de vista de los comunistas de Albania sobre las «consecuencias» de la misma: 1 de noviembre de 1964, «el revisionismo jruschovista no desaparece con la caída de Jruschov», en *Renmin Ribao*, Pekín, 21 de nov. (original en Zëri i

RECENSIONES

Popullit. Tirana). Los ataques albaneses contra los revisionistas jruschovistas llegan hasta el día de hoy y los chinos no cesan en publicarlos en sus respectivos boletines en lenguas extranjeras, incluyendo al «Pekín Informa», en castellano (hasta el mes de febrero de 1968, números de que disponemos). Llámese policentrismo o pluralismo, lo cierto es que el comunismo mundial no consiguió cuajar como sistema económico, político o ideológico en la sociedad del siglo XX, a pesar de haber nacido precisamente durante la primera guerra mundial como consecuencia de la doctrina de C. Marx y Fr. Engels, del siglo XIX... En este sentido bien pudiera suponerse que el cisma chino seguirá causando impactos policéntricos en el comunismo europeo.

Alemania es una de las clásicas preocupaciones del comunismo mundial. Ya a raíz del primer conflicto universal intentaron los «soviets» implantar su régimen en aquel país junto a los demás del Centro europeo (recuérdese Hungría y Eslovaquia), por ejemplo. Existía un PC de Alemania y su papel en la República de Weimar, así como en la República Federal hasta su puesta fuera de ley y que ahora está sito en el Berlín oriental (Pankov); pero el auténtico elemento bolchevizador del país parece que pretende ser el SED de Walter Ulbricht. Carola Stern ofrece al interesado cuanto necesite acerca del comunismo germano. Tanto en su forma del PC de Alemania como en la del SED. Además, desde el punto de vista del conflicto chino-soviético, un capítulo está dedicado a la «presencia de los comunistas chinos en Alemania» y de los alemanes en China, durante el período de 1918 a 1945. De ahí algunos problemas en cuanto a las respectivas relaciones mutuas, sobre todo entre 1949 a 1965, entre la creación de la «República Democrática Alemana» y la extrema agudez conflictiva chino-soviética. El VI Congreso del SED, en enero de 1963, marca un nuevo período en que aparte de relaciones comerciales con la China comunista, destaca también el problema de la reunificación de Alemania. Prevalece el punto de vista soviético; en noviembre de 1965 Pekín indica que China y Alemania occidental se hallan en la situación de interés común en lo referente a la neutralización de un tratado de no proliferación. En efecto, la U. R. S. S. está más cerca que la China de Mao. Por ello, la existencia de la RDA depende, única y exclusivamente, de los «soviets», a pesar de que el régimen moscovita, en su versión leninista y stalinista, se basa en la doctrina de Marx, alemán de origen judío.

El comunismo checo y eslovaco: figuran dos autores de origen checo, Zdenek Eliás y Jaromír Netfk. Tradicionalmente, los checos hablan en nombre de los eslovacos sin su consentimiento y la idea que hoy día se tiene en el mundo sobre Eslovaquia es producto de la actividad más o menos propagandística de los regímenes de Praga, en contra de la «nación hermana de los eslovacos».

Ahora bien, en el presente caso nos encontramos ante una exposición relativamente objetiva y será por primera vez en la historiografía checa que se presta tanta atención al problema eslovaco. Dada la circunstancia de que desde el mes de enero de 1968 el poder en Checoslovaquia está por vez primera en manos de los comunistas de Eslovaquia (primer secretario del partido comunista de Checoslovaquia: Dubcek, y primer ministro del Gobierno checo-eslovaco: Lenárt), el presente trabajo cobra especial interés por ofrecer la marcha histórica del comunismo checo y eslovaco hasta el año 1963-1964, cuando la actual Bratislava empezaría a reivindicar frente a Praga derechos nacionales, políticos y económicos para Eslovaquia en una forma cada vez más acusada. Queda, a continuación, pendiente la cuestión de si Dubcek consigue para su país la estructura federal de la existencia estatal con los checos, o si los checos recobran su anterior hegemonía semicolonialista frente a los eslovacos. En todo caso, la función de Novotny, que sigue en la jefatura de la República, toca a su fin.

Interesa, ante todo, la trayectoria histórica del comunismo checo en cuanto a su línea pro-ruso-soviética y destaca la «rebeldía» eslovaca. Con frecuencia

RECENSIONES

se habla de un latente proceso de liberalización del régimen comunista de Praga, sin embargo, si admitimos tal argumentación, el hecho se debería, casi enteramente, a los postulados formulados por Eslovaquia, hasta el límite de pedir públicamente su democratización y la realización de los principios del derecho de autodeterminación. Por cierto, el comunismo «checoslovaco» acusa varias tendencias de desarrollo: 1. la oposición eslovaca no como comunista, sino como nación; 2. los pragmáticos intentan sobrevivir, sin concepciones claras del marxismo-leninismo; 3. los revisionistas, en la mayor parte de entre los intelectuales (economistas, pensadores, escritores y periodistas); 4. los conservadores, que miran más hacia el pasado que hacia el futuro.

En vista del Congreso de 1966, parece que el partido comunista de Checoslovaquia abandonaría, definitivamente, su postura dogmática. Cabe señalar que en 1965 el partido contaba con 1.684.416 miembros y candidatos, en todo caso, un 57 por 100 procedería de entre obreros y campesinos colectivizados, y por países: 41 por 100 Eslovaquia y 47 por 100 Bohemia y Moravia-Silesia (países checos, propiamente dicho). Lo más significativo en el último desarrollo sería la necesidad de encontrar nuevas estructuras de la política tanto interior como exterior. Los acontecimientos de enero de 1968 parecen confirmar esta suposición.

Poco conocido es el comunismo nórdico. Tres autores nos informan sobre esta cuestión: Ake Sparring, Jahn Otto Johansen y Bengt Matti, refiriéndose a Suecia, Dinamarca, Noruega, Islandia y Finlandia, aunque son, en realidad, sólo Suecia, Noruega y Finlandia los países tratados a fondo. Datos interesantes se ofrecen no solamente en cuanto a su papel «nacional», sino también como núcleo del internacionalismo proletario, como fuerza «catalizadora», y al mismo tiempo disidente, ya que las particulares condiciones del socialismo parlamentario de los países escandinavos determinan el ambiente de desarrollo de las actividades, los métodos de acción y la táctica de maniobras. No obstante, la influencia ejercida por el partido comunista de la U. R. S. S. se hace notar en diferentes ocasiones en cuanto a su impacto dentro del movimiento internacional comunista: la caída de Jruschov o el conflicto chino-soviético. De particular interés es el papel no tanto del partido comunista finlandés como el de Finlandia como Estado limítrofe de la Unión Soviética.

La obra no pretende ser exhaustiva. Es de suponer que el editor piensa en preparar otros volúmenes relativos al comunismo en Europa y completar este problema en los países aquí tratados hasta la actualidad. Faltan estudios detenidos sobre el comunismo en Rumania, Bulgaria, Albania, Austria, Francia, en los países del Benelux o en Gran Bretaña e Irlanda, en Grecia, Turquía o Chipre. Asimismo, un capítulo aparte correspondería a los comunistas de la península ibérica, aunque este problema es relativamente bien conocido. En todo caso, el interesado encuentra datos e informaciones que evidencian, en toda su dimensión, la propia naturaleza del comunismo internacional, su fuerza y sus fallos inevitables, como consecuencia de una doctrina que con el paso del tiempo va dejando de ser como tal, pero que su existencia como factor de acción es más bien resultado del general desarrollo del mundo moderno que de sus pretensiones tan irracionales como contraproducentes. Un denominador común en el desarrollo del comunismo en general, y del europeo, en particular, es que sigue siendo un elemento perturbador, subversivo y extremadamente peligroso para la humanidad. Eso, a pesar de ser obligado a hacer concesiones en el plano tanto interior como en la escena internacional.

S. GLEJDURA.

RECENSIONES

ARTHUR HAZLEWOOD (edit.): *African Integration and Disintegration. Case Studies in Economic and Political Union*. Published for Chatham House by Oxford University Press, 1967, 414 páginas.

Las consecuencias que en los terrenos político y económico produce la proliferación de Estados africanos—balkanización del continente llevada a su más alto grado—son estudiadas en este volumen, de interés absorbente, que redacta un selecto grupo de especialistas dirigidos por Hazlewood. Los múltiples casos que la realidad ofrece son analizados con detalle y profundidad porque el problema reviste extraordinaria gravedad. Pese a los discursos de sus dirigentes, ambiciosos proyectos—como la creación de la Unión Ghana-Guinea-Mali o la Unión de Repúblicas de Africa Central (URAC) estudiadas por Catherine Hoskyns en el capítulo 10, «Panafricanismo e integración»—la realidad indica que la unidad africana se está frustrando definitivamente. Tal vez fuera ilusorio, desde el principio, pretender que un continente tan extenso y polimorfo alcanzase total unidad. Pero sí cabía esperar que en el Africa independiente nacida de la descolonización fueran subsanados errores y abusos que tenían por origen los desenfrenados apetitos de las potencias coloniales que se repartieron el continente de forma arbitraria en razón de su fuerza militar. En nuestra opinión, en 1960, año de las independencias en masa, los dirigentes africanos podían elegir entre dos posibilidades: integración de grupos de colonias en Estados de suficiente peso y categoría, o, en caso contrario, fragmentación de las colonias en los heterogéneos grupos étnicos que las constituían. El pronunciarse por cualquiera de ambas soluciones requería profunda meditación, porque el camino elegido debía incidir durante mucho tiempo sobre el futuro del continente. En el primer caso se hubieran superado las artificiales fronteras trazadas por el colonialismo, creando amplios conjuntos naturales, elevados al rango de Estados, perfectamente viables, económicamente hablando, y llamados a adquirir en un futuro no lejano consistencia y potencia en modo alguno desdeñable. En el caso contrario, puestos a fragmentar el continente, hubiera sido más lógico escindirlo en sus unidades tribales—corrigiendo la anomalía de que muchas de ellas subsistan separadas por las fronteras «nacionales»—dándoles la posibilidad de que se reagrupasen confederalmente según su voluntad. Ambas soluciones hubieran sido válidas, pero en un inmovilismo suicida los grandes dirigentes africanos, movidos en el fondo por egoístas intereses particulares, decidieron aferrarse tenazmente a las anacrónicas fronteras, con cuya decisión dejaron latente la causa primera del subdesarrollo africano. Así tenemos el caso de Gambia—que estudia Peter Robson en el capítulo 4 de este volumen, «Problemas de integración entre Senegal y Gambia»—, transformada en minúsculo Estado totalmente inviable desde el punto de vista económico, que sólo subsiste merced a la ayuda financiera británica y que corta al Senegal el acceso directo a su región meridional, Casamancia, impidiendo además que el río Gambia pueda ser la vía natural de exportación del cacahuete senegalés, lo que supondría un ahorro anual de más de 200 millones de francos. Y así se produce el caso de la falta de integración, que ahora se trata de subsanar en el terreno económico de los tres países del Este africano (Kenya, Tanganyka y Uganda) descolonizados por la Gran Bretaña y que son objeto de un extenso estudio de Arthur Hazlewood, «Integración económica en el Este de Africa». Como indica este mismo autor en el estudio que abre el volumen («Problemas de integración entre los Estados africanos»), «las fronteras "nacionales" establecidas por las potencias coloniales han demostrado ser mucho más duraderas que los vínculos interterritoriales establecidos por las mismas potencias. Las fronteras nacionales están tan firmemente admitidas que los Estados sucesores están dispuestos a luchar por su integridad, aunque fueran establecidas muy recientemente mediante una combinación de oportunidad histórica mezclada

con maniobras diplomáticas y militares entre las potencias europeas y conveniencia política y administrativa». El mantenimiento a ultranza de esas fronteras fomenta ahora, como sucedió en el pasado, graves tensiones que ya han ocasionado sensibles derramamientos de sangre. Así ocurre en el caso de Somalia—que trata I. M. Lewis en el capítulo 7, «Integración en la República somalí», debido a sus reivindicaciones sobre extensos territorios de Etiopía y Kenya, habitados secularmente por tribus de origen somalí separadas por las fronteras trazadas desde Europa y que ahora defienden con tanto ardor los dirigentes africanos. Este es también el caso de lo que viene registrando Nigeria—examinado por James O'Connell en el capítulo 5, «Integración política: el caso nigeriano», donde las diferentes étnicas y sociales han provocado una guerra devastadora que amenaza con sepultar, bajo montañas de escombros y cadáveres, al rico y populoso país. En la actual República Federal la Gran Bretaña situó, gradualmente, bajo su dominio tres entidades distintas: la colonia de Lagos y los protectorados del Norte y del Sur, que por conveniencias administrativas fundió en una sola entidad bajo el mando de lord Lugard, primer gobernador general. De tal forma, la Nigeria, bajo la administración británica, era un caprichoso conglomerado formado, por lo menos e incuestionablemente, de dos entidades totalmente heterogéneas en su raza, religión y cultura: el norte y la zona costera del sur. Esta realidad revestía tal magnitud que aun cuando Londres aspiraba a hacer de Nigeria un país unitario, como se observa en la Constitución Richards (de 1945, que concentraba en poder en el Gobierno de Lagos, aunque aceptaba el principio de la representación regional), en la siguiente Constitución de Macpherson se veía necesitada de estructurarlo en tres regiones. La independencia supuso la obligación de convivir estrechamente tan opuestas entidades, acumulándose un capital de odios y pasiones que han explotado en la devastadora guerra civil originada por la secesión de una de ellas, Biafra.

Y a este mismo tipo de fronteras artificiales pertenece el caso del Camerún—estudiado por Edwin Ardener en el capítulo 8, «La naturaleza de la reunificación del Camerún», aunque discrepemos de la opinión de su autor que afirma «las fronteras del Kamerún distaban mucho de ser artificiales. Estaban claramente definidas en relación a otras fronteras del mismo tipo» (página 289), puesto que si estas últimas no eran consistentes, tampoco podían serlo las del Camerún. Además, se evidencia en la forma cómo Alemania fue agregando porciones territoriales a su protectorado: acuerdo con la Gran Bretaña por el que la frontera occidental se extendía a Yola (1886), prolongación de la misma al Chad (1893) y, sobre todo, que en 1911, a cambio del reconocimiento de sus derechos de protección sobre Marruecos, Francia cedía a Alemania 275.000 kilómetros cuadrados, con lo que su protectorado camerunés alcanzaba los ríos Congo y Ubangui. ¿Pueden considerarse naturales unas fronteras cuyo trazado ha sido modificado tan reiteradamente para englobar cuantos territorios fueron obtenidos por combinaciones diplomáticas? No lo creemos así y nos apoyamos en la circunstancia de que el norte del Camerún, bajo administración británica, rehusara plebícitamente incorporarse a la República Federal del Camerún efectuándolo sólo el Camerún del sur.

Otro factor de graves repercusiones contra la unificación ha sido la precipitación mostrada por cada Estado en seguir aisladamente sus propios rumbos políticos y económicos en vez de atenerse a una planificada cooperación, regional por lo menos. Así, Roland Julienne—en el capítulo 9, «La experiencia de la integración en el Africa francófona»—advierte: «Para los Estados (del Africa francófona) la independencia tomó progresivamente un sentido económico que no había tenido inicialmente. En el principio significó independencia política; cada Estado se dedicó a su admisión en la ONU, en las agencias especializadas y a establecer su propio cuerpo diplomático y su ejército nacional. Los primeros

RECENSIONES

efectos económicos fueron la desaparición de los vínculos comunes: la federación, los servicios comunes, el presupuesto común y la coordinación económica. Cada país deseaba su propio desarrollo sobre una base puramente nacional sin ninguna coordinación con los demás. El resultado fue que los planes tenían numerosas inconsistencias... En cualquier caso los planes eran demasiado ambiciosos y optimistas y sólo parcialmente podían ejecutarse» (p. 345). En tal sentido, la escasa atención prestada durante los primeros años de las independencias a los factores económicos ha retrasado el desarrollo continental por haber descuidado las infraestructuras.

Así, en el Africa Ecuatorial Francesa—estudiada por Peter Robson en el capítulo 2, «Integración económica en el Africa ecuatorial»—el área cubierta por la UDEAC sigue ofreciendo este panorama: «vasta área geográfica mal servida por el transporte; producción comercial concentrada principalmente en materias primas para la exportación; nivel de renta muy bajo y, consecuentemente, pequeños mercados internos para las manufacturas» (pág. 35). Es también el caso de Malawi y Zambia—estudiados por Hazlewood en el capítulo 6, «La economía de la Federación y disolución en Africa Central»—, complementarios en muchos aspectos económicos pero totalmente distanciados. Felizmente esta tendencia desintegradora va siendo corregida y se abre paso una mayor cooperación tras las múltiples experiencias registradas (O. A. M. C. E., U. A. M., U. A. M. D., O. A. M. P. I., U. A. M. C. E., O. C. A. M., U. D. E. A. C., etc.).

En resumen, esta obra supone una valiosa contribución al conocimiento de uno de los problemas más agudos planteados al Africa de nuestros días.

Julio COLA ALBERICH

ALBERT MABILEAU y JEAN MEYRIAT: *Décolonisation et régimes politiques en Afrique Noire*. Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques. París, Colin, 1967. 276 páginas.

Esta interesante obra es el resultado de investigaciones colectivas llevadas a cabo, paralelamente, por el Centro de Estudios de Relaciones Internacionales de París y el Centro de Estudio del Africa Negra de la Universidad de Burdeos, que han concentrado, respectivamente, sus esfuerzos sobre el Africa anglófona y sobre la francófona. Los profesores Mabileau y Meyriat han dirigido a un competente grupo de especialistas que han proporcionado el estudio de conjunto—primera parte de este volumen—al que se agrega un estudio monográfico sobre el Africa Oriental Británica, segunda parte de la obra, debido al profesor Pierre Alexandre, y otros cuatro estudios, menos extensos pero de igual carácter, insertos en la tercera parte, que tratan de Guinea (por el profesor Bernard Charles), Ghana (Jacques Boyon), Camerún (Aaron Tolen) y Madagascar (profesor Feuer).

Como indican los profesores que han dirigido el trabajo, «desde hace algún tiempo la inestabilidad política se propaga rápidamente en el Africa negra. Con excepción del Congo ex belga, que no ha conocido más que el desorden desde su independencia, los antiguos territorios franceses y británicos parecían haber establecido regímenes suficientemente sólidos para afrontar los problemas derivados de la construcción de los nuevos Estados. Esta impresión se ha disipado hoy». Ciertamente, la prodigiosa concatenación de revoluciones, golpes de Estado, secesiones, guerras civiles e interestatales que viene brindando el Africa subsahariana en los últimos años despierta un agudo sentimiento de preocupación, transformando el continente en una zona neurálgica que plantea

RECENSIONES

problemas cuya gravedad no puede desconocerse. Por ello, los estudios—serios y solventes, como el que comentamos—que se apliquen a indagar las causas de este malestar tan generalizado, de esta inestabilidad tan manifiesta, adquieren un valor considerable en los momentos actuales.

El Africa subsahariana, denominación que preferimos a la de Africa negra, tanto la francófona como la angloparlante, advino a la independencia antes de haber conseguido su completa madurez política. Esto resulta ahora incuestionable a la vista de los resultados que se observan. En los diversos territorios se habían formado minorías entrenadas en la lucha política occidental, pero esas élites no habían llegado a ser lo suficientemente numerosas como para reemplazar, totalmente, a las antiguas administraciones europeas. Por otra parte, algunos políticos de experiencia han sido, más tarde, separados del poder restringiéndose más aún el reducido círculo de personas entrenadas. Así tenemos que de los tres miembros del Comité Consultivo Constitucional que participó en la elaboración de la Constitución de 1958 (Lamine Gueye, Gabriel Lisette y Leopold Senghor) sólo uno de ellos, el último, ostenta funciones directivas. El resultado es una penuria extraordinaria de hombres preparados para afrontar las difíciles etapas subsecuentes a toda independencia.

Junto a esto tenemos la dificultad de adaptación al espíritu africano de los sistemas políticos europeos que el Africa emergente ha tratado de adoptar. Los regímenes europeos no podían prosperar fácilmente en un continente que no había pasado la laboriosa etapa de preparación que aquéllos habían sufrido. Esto lo comprendía bien el presidente Dacko, de la República Centrafricana, cuando afirmaba: «Pienso que... el régimen de democracia concebido a la europea no puede ser íntegramente transferido en nuestro suelo... En Francia han sido precisos reyes y emperadores para realizar... las instituciones básicas que el pueblo francés disfruta hoy». Los procesos políticos, como los de la Naturaleza, son difícilmente mutables a voluntad y requieren un tiempo preciso de elaboración. Ciertamente, antes de la proclamación de las independencias existía un vehemente deseo de lograr una democracia del estilo europeo. El presidente Tombalbaye, del Chad, decía: «Nuestra creencia profunda en los principios de la democracia que Francia nos ha enseñado nos mueven a afirmar que es la única vía que ha de permitir la evolución armoniosa de Africa». Pero esa democracia resultaba difícil de aplicar por varias razones: la vigencia de los grupos tribales y la propia idiosincrasia africana, entre otras. Pese a los cambios operados por el colonialismo sobre la realidad africana, ha persistido la solidaridad tribal sólo difuminada en las urbes. Y como reconocen los autores de esta obra, «las rivalidades políticas corresponden frecuentemente a las oposiciones étnicas». Esto plantea una fabulosa dificultad para gobernar países en los que residen, frecuentemente, decenas de tales grupos. Así tenemos, por lo pronto, que en todos los países del Africa occidental y en la mayoría de los ecuatoriales existe una ancestral pugna entre las tribus del litoral, más evolucionadas por haber mantenido un mayor contacto con los colonizadores, y las de las regiones del interior. A estas discrepancias tribales se añaden las de tipo religioso. En el Chad, el norte musulmán ha planteado siempre agudos problemas a los Gobiernos apoyados en los animistas cristianizados del sur. El origen de la guerra civil nigeriana, suscitada por la secesión de Biafra, reside, entre otras causas concomitantes, en la oposición de la región del norte, islámica, con la oriental, cristianizada. Estos casos son muy frecuentes y facilitan una inestabilidad política que no es sino reflejo de la falta de cohesión de las «naciones» surgidas de la descolonización.

Otro aspecto fundamental en Africa, que aborda este volumen con gran atención, es el de la unidad africana, tema muy manoseado desde hace muchos años pero que ha cobrado singular relieve desde 1963, en que se fundara la Organización para la Unidad Africana. Uno de los más inteligentes políticos

RECENSIONES

del Africa subsahariana, el presidente de la Costa de Marfil, Félix Houphouët-Boigny, afirmaba en 1958: «La unidad africana no se realizará jamás». Y sus palabras, nacidas de su profunda experiencia, se corroboran por los hechos acaecidos. El presidente marfileño ya había pronosticado la imposibilidad de que fuera efectiva una de las primeras tentativas de unión del Africa independiente: la Federación de Mali. Poco después de disolverse la Federación, el presidente senegalés, Senghor, declaraba: «Tengamos el valor de reconocerlo, el presidente Houphouët-Boigny tenía razón respecto a la Federación». Sería prolijo referirnos a todas las tentativas de unión que se han efectuado en los últimos años y todas, indefectiblemente, han terminado en el fracaso. Si indagamos las causas tendríamos que pensar en una en que no han reparado los autores de esta obra: la egolatría de los dirigentes, incapaces de abdicar de sus prerrogativas en aras de la unidad que proclaman. Esa egolatría, sin embargo, la ponen de manifiesto los autores del volumen cuando tratan del «hecho bruto del autoritarismo creciente del poder político en el Africa negra» (página 51) al señalar la circunstancia de que allí se va extendiendo gradualmente la sustitución de las prácticas democráticas por otras fundadas en el poder personal.

«Los factores de la personalización del poder son, en gran parte, de orden sociológico. La ideología africana insiste sobre la personalización de la autoridad, que se encuentra reforzada en la cumbre de la sociedad porque corresponde a la civilización tradicional» (p. 52) y, efectivamente, esta es la causa del «endurecimiento político que se expresa esencialmente en el poder personal, el partido único y el autoritarismo gubernamental». A lo que podríamos agregar que es la causa de los múltiples conflictos sucedidos por la pugna entre dirigentes de gran relieve, que han terminado siempre con la eliminación de la vida política de uno de ellos. Para la mentalidad africana no puede existir más que un jefe. Contrariamente a lo que afirmaba Sithole en una obra muy conocida, la tradición africana determina que un jefe tiene poderes absolutos. Y esta tendencia atávica es la que vemos resurgir en el Africa de nuestros días. Ella explica las dictaduras que se han implantado y los extremos a que se ha llegado en la glorificación de los dirigentes. Lo sucedido con el derrocado Nkrumah—«redentor», «fundador de Ghana», etc.—revela la tendencia instintiva a la egolatría llevada a los extremos más increíbles.

Esta obra contribuye a esclarecer, con método y claridad, extremos muy importantes del Africa de nuestros días proporcionando los antecedentes suficientes para el conocimiento de los fenómenos políticos que allí se desarrollan. Aunque no agota el tema, suficientemente amplio para otros estudios de esta naturaleza, puede considerarse como una valiosa aportación a su estudio.

C. de BENIPARRELL

J. M. LEE: *Colonial Development and Good Government*. Oxford University Press. Londres, 1967. 311 páginas.

Considerar como un triunfo sin precedentes la política de descolonización de la Gran Bretaña acaso parezca exageración. Incluso después de reconocer la existencia de excepciones tanto por el lado de una resistencia absoluta como por el de condiciones e incluso intentos de restablecimiento de algo parecido a un «statu quo ante». Porque si original ha sido, en cierto modo, la política de descolonización británica que hizo posible la creación de un buen número de naciones independientes en los años de la posguerra en tres o cuatro continentes, otro tanto se podría decir de lo que en mucho menos tiempo y

RECENSIONES

nunca con menos éxito, al menos hasta ahora, hizo Francia por el continente africano. De momento casi sería posible llegar a la conclusión de que lo hecho por Francia ha producido un más alto grado de satisfacción o parece prometer, por lo menos, un más alto grado de estabilidad.

Y si, en definitiva, se intentase recurrir al argumento de que frente a la aparente facilidad con que Francia se desprendió de la mayor parte de un vasto imperio colonial, están dos guerras coloniales de singular dureza y larga duración, se tiene por la otra parte la iniciación de un proceso con una larga guerra colonial, la de la América del Norte, la desastrosa y un poco increíble, incluso al cabo de los años, guerra contra los boers en Sudáfrica, la situación que se creó y continúa en Birmania, las terribles matanzas y traslados de población entre la India y el Pakistán por causa, al menos en una parte muy importante, de la actuación o falta de actuación de la potencia imperial que de pronto dejó de serlo, la lucha y los métodos de lucha en Malaca, en lo que la decisión de sofocar un movimiento comunista pudo guardar alguna relación con lo que se podría considerar como problemas característicamente coloniales, y, en fin, la actitud de total intransigencia adoptada en relación con algunas colonias, en particular: aquellas que por circunstancias diversas no se prestaron de pronto, y con perspectivas prometedoras, a formar parte de alguna manera dentro de una comunidad de naciones que se deseaba conservase lazos especiales de relación con la antigua colonia.

Casi se podría llegar a la conclusión de que dentro del marco del sistema colonial e imperial británico todo habría de estar condicionado, para el futuro, en un estado de actitud predispuesto en favor o en contra de unas relaciones de sostenida y activa colaboración. Aquella larga, sangrienta y en momentos horrible guerra de Irlanda y la forma en que la isla acabó siendo partida es un capítulo de la historia imperial y de colonización de la Gran Bretaña que se quiere, siempre que sea posible, pasar por alto. Porque es un entorpecimiento, en el mejor de los casos, para la mejor explicación de una conducta que a partir de la guerra de la América del Norte se ha querido presentar como realmente ejemplar.

Acaso por tratarse de algo más reciente todavía y más especial también, algo parecido se ha intentado hacer o restablecer, aunque sólo fuese de una manera parcial y en forma que nunca se ha querido explicar a entera satisfacción de algunas de las partes más directamente interesadas, con lo que pronto se quiso pasar por alto, en la medida de lo posible: aquel intento británico—francés también—por crear en el Oriente Medio una situación muy especial con el desembarco de una fuerza expedicionaria en la región del Canal de Suez en el otoño de 1956.

Todo esto da, por lo menos, una dimensión especial al tema de J. M. Lee en este libro, «Desarrollo colonial y buen gobierno», que se explica como «un estudio de las ideas expresadas por las clases oficiales británicas en la planificación de la descolonización entre 1939 y 1964». La idea de buen gobierno va implícita, sin duda, en líneas generales, en la experiencia y conducta de un proceso de colonización que parece haber tenido como finalidad fundamental la vida y el desarrollo de los pueblos colonizados. Sólo de una premisa así se podría arrancar para llegar a la conclusión, tan generalizada, de lo que en las páginas de «The Economist», precisamente al comentar el libro de J. M. Lee, se define como «el récord mundial de la descolonización con éxito», que se asegura, sin duda de ninguna clase, a la Gran Bretaña.

Es en cierto modo lamentable que no todo el mundo esté dispuesto a reconocerlo y que, es más, incluso se tropiece con la insistencia de muchos a dar especial y acaso mayor importancia al comportamiento y la acción de lo que ha sido descolonizado que al proceso de descolonización mismo. Porque, en definitiva, mucho de lo que se pensó y se proyectó, de manera especial en relación

RECENSIONES

con las colonias africanas, por el Gobierno laborista de la segunda mitad de los años 40, que fueron los años iniciales de la posguerra y, en buena parte, de preparación del fenómeno que hizo posible que en unos pocos años se duplicase con exceso el número de países miembros de las Naciones Unidas, ¿qué traducción tuvo al terreno de los hechos? Se puede hablar, por supuesto, de la presencia en el Gobierno británico de hombres que «simpatizaban, sin duda alguna, con las aspiraciones políticas de los pueblos colonizados. Pero difícilmente se podría hablar al mismo tiempo y con el propósito de obtener un mismo grado de asentimiento y aceptación, de que esa indudable corriente de simpatía no sólo influyó decisivamente en la actitud oficial británica, sino que se convirtió en la garantía de éxito de una política de descolonización que contaba con la ventaja decisiva de una larga y adecuada preparación para que los pueblos descolonizados recibiesen los beneficios del buen gobierno. De un gobierno asentado sobre buenos cimientos, puesto que «cada funcionario administrativo tendía—dice J. M. Lee—a desarrollar una gran devoción personal hacia las gentes que eran su propia responsabilidad inmediata...».

No siempre los resultados prácticos han sido enteramente satisfactorios. La regla general decía que los «oficiales administrativos que trabajaban directamente en el campo de la acción aceptaban la tarea del desarrollo del gobierno local por suponer una extensión de su papel pastoral», y podía incluso producir la impresión de que «fortalecía su propia posición frente a la de los funcionarios técnicos», pero también se podrían dar casos en los que «el entusiasmo de los funcionarios individuales por el desarrollo pudiese de hecho haber frustrado el crecimiento del gobierno local».

Gracias a una sistemática y paciente labor preliminar, a la experiencia que en materia de gobierno fueron adquiriendo los pueblos de las colonias se pudo desembocar en una situación como la que se dio, primero, en el subcontinente asiático y más tarde, en general, por los años finales de la última década y comienzos de la actual en el continente africano, donde una colonia británica tras otra fue alcanzando la independencia por el procedimiento del traspaso de poderes a lo que de hecho fue un régimen nacido y desarrollado, a veces y esencialmente, es verdad, entre grupos de exiliados para quienes la vida en las colonias podía haber sido azarosa y con frecuencia totalmente imposible. Pero lo que podía hacer atractivo un procedimiento que casi siempre hizo posible el traspaso de poderes en un ambiente en apariencia tranquilo y hasta cordial, no tardó en presentar ciertas características especiales y con las que acaso no se hubiese contado. Porque uno de los rasgos básicos de este buen gobierno, que se fueron poniendo de manifiesto en forma altamente llamativa en el desarrollo de las instituciones de colonias que gradualmente fueron dejando de serlo, consistía precisamente en la importancia de unas instituciones capaces de garantizar la existencia de un gobierno parlamentario del cual podía ser el británico excelente modelo, como sucedió en el Canadá, Australia, Nueva Zelanda y hasta en Sudáfrica.

En estas antiguas colonias el desarrollo de unas instituciones parlamentarias en condiciones de asumir las tareas de gobierno bien podía considerarse como algo francamente satisfactorio. Es más, como algo ejemplar y digno de servir de modelo a otros pueblos colonizados. Pero en lo que tal vez no se pensó entonces es que, cualesquiera que pudiesen ser sus méritos y motivos de recomendación, se trataba de unas instituciones que resultaron inaceptables para la gran mayoría de las poblaciones indígenas de las colonias británicas en el proceso ya rápido del desarrollo de su propio gobierno independiente.

Frente a la idea, el concepto de este buen gobierno, estaba la actitud de la mayoría nativa, que se inclinó con una fuerza que acabó siendo irresistible hacia algo tan extraño, tan ajeno a la tradición británica, colonial o no, como el

RECENSIONES

partido único. Y con él un sistema parlamentario que es lo menos parecido al tradicional anglosajón.

Para desembocar, en definitiva, en situaciones como la de Sudáfrica y Rhodesia, por una parte, donde la oposición al buen gobierno heredado de la Gran Bretaña, afecta a la gran mayoría, a una inmensa mayoría de la población, hasta alcanzarse el punto en que las clases o castas gobernantes ni siquiera se consideran indígenas, nativas, a pesar de que muchos, la inmensa mayoría ya de sus miembros han tenido allí mismo su lugar de nacimiento. O en situaciones como la muy reciente de la República del Yemen del Sur, donde la situación que había preparado la potencia colonial con miras a tenerlo todo dispuesto para el momento de la independencia resultó ser tan inaceptable que ni siquiera el nombre que se había buscado para el nuevo país independiente fue aceptable.

Jaime MENENDEZ

GUY HUNTER: *The Best of Both Worlds?* Oxford University Press. Londres, 1967. 132 páginas.

Este tomo, que lleva el subtítulo de «El reto de los programas de desarrollo de África», es uno más en la inundación de obras, estudios, programas y mil cosas más que se ha producido en los últimos años y que es posible agrupar en una gran parte en dos tendencias. La primera, optimista, ilusionada con frecuencia, hasta el punto de no encontrar nada prácticamente que no justificase lo que, con notorio apresuramiento, se había producido en una gran porción del continente africano casi en cosa de días más bien que de años y en la mayoría de los casos—en todos ellos, prácticamente—con llamativa precipitación. La segunda, especie de reacción, creciente y profundamente pesimista, dominada por la desilusión, el desaliento y lo que para muchos es el fracaso de un experimento general de descolonización.

«The Best of Both Worlds?», obra patrocinada conjuntamente por el Instituto de Relaciones Raciales y el Instituto del Desarrollo en Ultramar, ambas instituciones británicas, y financiado por la Fundación Ford, norteamericana, tiene la pretensión, por lo menos, de contemplar el panorama—examinarlo también—desde un punto de vista radicalmente nuevo: el de la investigación de «la transferencia de la tecnología, las instituciones y las ideas y valores a ellas correspondientes, de los países "desarrollados" a los que se "están desarrollando" y los efectos de esta transferencia».

Se trata, en síntesis, de examinar la situación en una actitud que sea lo menos emocional posible. Y de explorar, en definitiva, las posibilidades de aplicación práctica a un ambiente en vías de desarrollo de lo que con el desarrollo se ha logrado ya en otras partes. De lo que ha hecho posible en los términos de una realidad práctica que «en la Gran Bretaña hiciesen falta quinientos años para pasar de una renta anual "per capita" de 40 a 400 libras».

Pero el hecho de que un africano medio no pueda vivir como el inglés medio y disfrutar de todos los adelantos de que está rodeada la vida del inglés medio, ¿a qué puede ser debido como no sea al estado de dependencia en que tantos africanos se han encontrado, a lo largo de años y siglos, en relación con el poder colonial británico? En cuyo caso habrá de ser radical el cambio producido con nada más que la alteración de semejante estado de cosas.

Se puede pensar en esto y se puede pensar en mucho más, porque las dimensiones de la cuestión son poco menos que ilimitadas casi todas ellas. Guy Hunter advierte, casi al empezar, que aunque es positiva su creencia en que

es posible en Africa un desarrollo rápido, se tropieza con dificultades serias, incluso extraordinarias. Como las «diferencias profundas entre el contexto del desarrollo en Africa y lo que tuvo lugar en otras grandes regiones del mundo hacia las cuales fluyó, entre 1600 y 1900, el desbordamiento sorprendente de la colonización europea. Africa es tan grande: los Estados Unidos, Europa y la India podrían ser colocadas sobre el mapa de este gran continente y dejar espacio todavía libre». Y ha habido bastante más que las dimensiones geográficas y las cosas a ellas asociadas.

Para desembocar en situaciones como la que ha llevado al profesor Harbisen a decir: «La modernización es generadora de paro». Una conclusión que mueve a Guy Hunter a declarar que «es realmente amargo el contenido de la ccpa que se ha de tragar si el objetivo del desarrollo es arrastrar a una porción creciente de los millones de africanos del estancamiento al alto nivel de productividad de los tiempos modernos». Para hablar acto seguido, como ilustración adecuada, de otro especialista en el tema, Arthur Lewis, de quien cita lo que sigue:

«El paro crece rápidamente (en Africa) por dos razones: primero, porque el sector tradicional expulsa la ocupación con demasiada rapidez; y, segundo, porque el sector moderno toma de ello demasiado poco, por ser demasiado altamente capital-intensivo... Los países subdesarrollados se han quedado tan atrás en tecnología que las oportunidades para la introducción de métodos de economía en la mano de obra son inmensas, y muy bien podría suceder que el nuevo empleo creado en las fábricas, en formas modernas de transporte y en los servicios modernos, pudiese estar más que compensado por el empleo destruido de la artesanía manual, las formas tradicionales de transporte y los tipos articulados de servicio personal.»

Otro aspecto, de enorme importancia, de la cuestión es el que ofrecen ilustraciones como algunas de las que se encuentran en este llamativo volumen. Se dice, por ejemplo, que, «inevitablemente, los africanos han adoptado en gran parte normas de vida (iguales y hasta superiores a las vigentes en Europa) en el período poscolonial; rechazarlas supondría retroceso a la vista de su propio pueblo. En cuanto a la vivienda y el bienestar, basta con dos ejemplos de la Zambia contemporánea. Primero, es aguda la escasez de viviendas gubernamentales en Lusaka; a pesar de lo cual, las normas establecidas para las que existen son ruinosamente altas. Segundo, las compañías del cobre se ven acuciadas para que abran nuevas minas o vuelvan a la actividad las que habían sido cerradas con procedimientos nuevos; pero las normas establecidas para la vivienda de un minero africano—alrededor de 1.100 libras por casa, más del millón de libras para un millar de mineros—casi basta para inclinar la balanza y hacer del proyecto en su totalidad un negocio económico ruinoso. ¿Desde cuándo el africano, inicialmente un trabajador no especializado, ha necesitado 1.100 libras para la vivienda? Es más, si alguien desea ver modernos edificios escolares, el espléndido «campus» de una universidad, un lujoso hospital en ocho pisos de acero, cemento y vidrio, es tan probable que se encuentre con ello por Africa como en Wolverhampton o el Ruhr, donde la riqueza de Europa ha sido creada. Puede incluso encontrar fábricas más modernas, porque el ingeniero expatriado a cuyo cargo está un proyecto de ayuda acaso se aproveche de la ocasión para construir la planta de sus dueños y para la incorporación de todos los refinamientos y perfecciones que su propio y miserable Consejo de Administración, preocupado con el estado de cuentas al final de un año de operaciones, nunca le permitió construir en su mismo país.

Quizá por tratarse de un aspecto de la cuestión a la que no se ha dedicado una atención especializada en un período en el que toda la atención parecía estar concentrada en el rápido, vertiginoso proceso de descolonización de la mayor parte, con mucho, de un inmenso continente y por ser tanto el hincapié

RECENSIONES

posterior en las insuficiencias y hasta mezquindades de la ayuda de unas potencias que habían alcanzado de la colonización altos rendimientos, parezca más llamativo el mayor interés puesto ahora en lo que se pudiera considerar como un aspecto más realista y práctico de la cuestión. Aunque sólo sea por el hecho innegable de que la ayuda que llega del exterior se va reduciendo, contrayendo y condicionando en forma demasiado evidente para no llamar también la atención.

De esa realidad, que advierte cómo se reducen las posibilidades de continuar en forma parecida a como se había hecho en un pasado todavía reciente, se pasa a esta otra que dice que «los países en desarrollo, que están escasos de ingresos corrientes, están comprometidos también en grandes proyectos económicos y sociales y, es más, es probable que se entreguen a la innovación más a menudo y más peligrosamente que las sociedades establecidas. Inevitablemente incurren en la equivocación, y muy pronto se dan cuenta de las investigaciones y las experiencias de que se hubieran podido valer para haberlas evitado... A duras penas es necesario catalogar los resultados. Aun en el caso de que los especialistas tuviesen la humildad de empezar de nuevo en un ambiente nuevo y la intuición de preparar el diagnóstico adecuado tendrían que cargar con algo muy pesado. Es mucho lo que cuestan, en alojamiento y viajes, secretarios y hasta intérpretes. Incluso en los mejores casos—que sí existen—en que el consejo es susceptible de aplicación práctica y económica y está basado en una experiencia sana, quedan todavía otros pesados costos. Los dos costos principales consisten en una burocracia local abrumadora y en un mayor desarrollo de una economía doble».

A pesar de la frecuencia—la insistencia también—en considerar la cuestión en su totalidad como muy lejos, ciertamente, de la desesperación y, por lo tanto, el desaliento también, pocas veces, cuando se deja el terreno de la hipótesis y la conjetura, se tropieza con algo que no sea, por lo menos, descorazonador. Pero Africa es un continente inmenso y tiene, en fin de cuentas, la perspectiva y la oportunidad de «quedarse con lo mejor de ambos mundos, al valerse de sus ventajas naturales propias y del aprovechamiento altamente selectivo de una tecnología avanzada.

«Su principal ventaja—observa Guy Hunter—es una población que, bajo la influencia de la educación y el cambio económico, ha llegado a tener un alto grado de movilidad social. Ninguna jerarquía comparable al sistema de castas de la India o al estado fijo de la Inglaterra medieval inhibe al africano con alguna educación para impedirle seguir cualquier ocupación y elevarse a la altura que sea y que su energía y talento le permitan alcanzar. En la inmensa mayoría de Africa no hay poderosos señores locales o prestamistas que se crucen en el camino de la reforma agraria. Las costumbres tribales pueden ciertamente hacerlo; pero la mayoría de la experiencia africana indica que la costumbre cede rápidamente allí donde hay ganancias económicas reales e individuales al alcance de la mano...»

Jacinto MERCADAL

